

los jefes del ejército; aquél, que sus favoritos eran jóvenes y hermosos esclavos comprados entre los germanos, *pueros venustiores*. Parece que fué también un gran cazador, mérito que la historia no estima en un príncipe.

En el fondo, no lo conocemos. Para aceptar ó combatir acusaciones y elogios igualmente interesados, sería preciso saber cómo reinó, y esto es precisamente lo que ignoramos. Sin embargo, considerando la facilidad con que lo precipitó Magnencio, sin que nadie sacara la espada por su causa, hay que admitir que no tenía el gobernalle con mano viril. Todo debió de relajarse bajo un gobierno indolente; las ambiciones al principio contenidas por el glorioso nombre que el príncipe llevaba, se despertaron al rededor de un amo inepto, y tras esto vendrían las conspiraciones.

Magnencio, de origen lético, se había elevado por su fuerza y audacia al mando de los *jovianos* y *herulianos*, guardia pretoriana de Constante (1). Tenía partidarios en el ejército; el conde de las larguezas, Marcelino, le abrió el tesoro y le facilitó medios para aumentarlos; por otra parte, el orden civil y el militar estaban de acuerdo para hacer una revolución.

Un día en que Constante estaba de caza en un bosque inmediato á Autún, dió Marcelino una fiesta á los principales personajes de la corte. El vino acaloró las cabezas, soltáronse las lenguas y circularon las invectivas. Cuando Magnencio vió á sus convidados en un grado de insolencia que entrega á la muerte, si no se pasa de las palabras á los hechos, sale un instante y vuelve con la púrpura y la diadema. Allí mismo lo proclaman Augusto y le juran fidelidad; los guardias aclaman á su vez á aquel soldado, que para muchos de ellos es un compatriota, y en un punto es Magnencio dueño del palacio, del tesoro y del imperio.

Advertido Constante, huyó á rienda suelta: hubo de perderse algún tiempo en encontrar sus huellas, y con esto, la caballería franca, enviada en su persecución, no lo alcanzó hasta Helena, al pie de los Pirineos. Francos son los actores de este drama lúgubre: uno de ellos procura defender al emperador caído; otro lo mata; el tercero ocupa su lugar; el cuarto, Silvano, hará lo que éste. He aquí pues todavía un emperador degollado, todavía una revolución de palacio y de cuartel (350).

Las serviles poblaciones de las dos prefecturas de las Galias y de Italia aceptaron dócilmente al nuevo amo. Un viejo general que mandaba en la Iliria, Vetranión, tuvo la tentación, sugerida por el ejemplo de esta facilidad, de usurpar también la soberanía, ó más bien sus soldados quisieron obtener los beneficios de una elección que les valdría larguezas, porque á la primera nueva de la usurpación de Magnencio, hizo llegar al emperador de Oriente el testimonio de su fidelidad.

Era un hombre sencillo, originario de un cantón salvaje de la Mesia; una prueba más de que el corazón del imperio, ya enfriado, no daba ya los príncipes y generales, que

(1) Según Aurelio Víctor y Zósimo, su familia fué transportada de Germania á Galia á fines del siglo tercero, por lo cual le llamaba Juliano (*Pan.*, I, 29) «miserable resto de una sangre germánica reducido á servidumbre.» Probablemente no era pagano ni cristiano, y no podría decirse que la cuestión religiosa entrara por nada en su elevación. Sus monedas son cristianas. Se han encontrado en París, en un lugar correspondiente al n.º 68 de la calle de Rivoli, una sepultura con la fórmula pagana *dis manibus*, y una moneda de Magnencio del año 351, con el monograma. El difunto era, pues, pagano, pero los suyos no habían tenido ningún escrúpulo en ponerle en la mano derecha una moneda cristiana para pagar su paso al otro mundo. Este sepulcro marca también la extensión de Lutecia (París) en la orilla derecha de su río (*Bull. épigr. de la Gaule*, 1883, p. 130).

suministraban casi exclusivamente, de un siglo atrás, las provincias del Norte, vecinas de los bárbaros.

Habiendo surgido de muy bajo, permaneció Vetranión mucho tiempo sin saber siquiera escribir, y en hábiles manos podía llegar á ser un instrumento útil. La viuda del rey Hanibaliano, Constantina, decidió servirse de él para designios que no conocemos. Esta ambiciosa hija del gran Constantino, que honrada por su padre con el título de Augusta, creía que este título le daba el derecho de hacer un emperador, puso con sus propias manos la diadema real en la cabeza del viejo soldado (marzo 350).

Los dos usurpadores tenían interés en ligar su causa, y enviaron á Constancio una común embajada que le ofrecía la alianza ó la guerra.

Constancio estaba deshonrado y perdido, si estrechaba esta mano que se le tendía, tinta aún con la sangre de su hermano: el espíritu de insurrección habría cundido muy luego entre sus generales y soldados. Pero la guerra ofrecía terribles peripecias. Sus legiones que no habían podido vencer á los persas ¿podrían hacer frente ó resistirse á todas las fuerzas del Occidente?

Constancio se decidió, sin embargo, á la guerra, sin que haya que hacer intervenir la visión, cuyo relato se propaló entre los soldados: la sombra del gran Constantino se le había aparecido abrazando el ensangrentado cuerpo de su hijo y reclamando venganza.

Artificiosas negociaciones que precedieron á las hostilidades rompieron la unión de los dos usurpadores. El tesoro de Constantinopla estaba más lleno que el de Iliria; los soldados y los tenientes de Vetranión fueron secretamente trabajados y seducidos con donativos ó promesas. La orgullosa Constantina, que no encontraba en su protegido el hombre que necesitaba, recobró la confianza de su hermano, sirviendo sin duda de intermediaria para sus secretos manejos. Con pretexto de sostener á Vetranión contra el usurpador de las Galias, envió Constancio tropas á Macedonia y propuso una entrevista que el viejo general aceptó, celebrándose en Naiso, en medio de ambos ejércitos formados al rededor de un tribunal, al que subieron los dos emperadores (24 diciembre 350).

La vista del hijo de Constantino, el recuerdo de las victorias de su padre, que él invocó en un hábil discurso, dirigido en apariencia sólo contra Magnencio y en realidad contra el que había desviado la fidelidad de las legiones ilirias, arrastraron á unos hombres ganados de antemano. Al oír los mueras contra los usurpadores, gritos que salían de todas partes, Vetranión comprendió que su causa estaba perdida, y despojándose de su púrpura se prosternó á los pies del vencedor.

Constancio juzgó entonces que contra aquel viejo inepto no había necesidad de recurrir á la precaución suprema de la muerte, y lo relegó á un suntuoso retiro en Prusa de Bitinia, donde todavía vivió seis años el emperador destruido.

Magnencio era menos fácil de vencer. Poseía todos los vicios y virtudes que convienen á un usurpador: valor, cierto talento y pocos escrúpulos que le impidieran desbarazarse de los sospechosos cortando por lo sano, llenar su tesoro con tributos forzosos, reclutar sus tropas entre los bárbaros, ni engrosar su partido por medio de concesiones á los paganos (2). En cambio hacía otras á los ortodoxos orientales, siguiendo la política habitual de los

(2) Autorizó los sacrificios nocturnos, lo que debió de agrandar á los paganos, numerosos aún en Occidente (*Cod. Theod.*, XVI, 10, 5). Juliano (*Pan.*, I, 29) pretende que exigió de los ciudadanos la mitad

emperadores de Occidente: los embajadores enviados por él á Constancio, debieron pasar primero por Alejandría con la mira de granjearse la voluntad de Atanasio. Una tentativa de Nepociano, que sorprendió á Roma en junio de 351 y reinó veintiocho días, fué fácilmente reprimida: su madre Eutropia, hermana de Constantino, y muchos de sus partidarios perecieron con él; otros lograron evadirse y fueron á acogerse cerca de Constancio, cuyo campamento vino á ser el asilo de los senadores de Roma.

Para la defensa de las provincias, que iba á dejar, nombró Magnencio Césares á sus dos hermanos Decencio y Desiderio, encargándoles sin duda de guardar, el uno la Galia y el otro la Italia; después fué á buscar á su adversario á las llanuras de Panonia, entre el Save, el Drave y el Danubio.

Constancio había avanzado, con su ejército, reforzado con las legiones ilirias de Vetranión, por el camino de Sirmio hasta Mursa (Essek) y Siscia (Sisseck), tres plazas fuertes que sus guarniciones ocupaban: detúvose en Cibala, lugar que le pareció de buen augurio, porque había sido teatro de la primera victoria de su padre contra Licinio, y tomó posición en un campamento fuertemente atrinchado, haciendo batir las llanuras circundantes por su numerosa caballería.

Magnencio empleó parte del estío en maniobrar al rededor del ejército imperial, para obligarlo á abandonar su fuerte posición: desbarató uno de sus destacamentos; tomó la plaza de Siscia, en la confluencia del Culpa y del Save, y si no es un error de Zósimo, intentó forzar también á Sirmio, cuya toma y posesión le hubieran convenido en gran manera para abrirse las provincias orientales.

Constancio tenía dos maneras de hacer la guerra. Un embajador fué de su parte á ofrecer la paz á Magnencio, á condición de que renunciara á la prefectura de Italia. La proposición fué desechada con altivez; pero á la vez que negociando con el príncipe, el enviado había preparado defecciones en sus tropas; á lo menos, algunos días antes de la batalla de Mursa el franco Silvano, general de fama, se pasó á los imperiales con un grueso cuerpo de caballería.

En esto se acercaba el invierno, y viéndose obligado Magnencio á retroceder sobre Italia, procuró antes forzar la plaza de Mursa. La guarnición se defendió bien y dió tiempo á Constancio para acudir en su ayuda con un ejército mayor que el de Magnencio.

El choque fué rudísimo: como en las antiguas batallas, la mitad de los combatientes, cincuenta mil hombres, perecieron en él: eran los mejores soldados del imperio, el cual quedó para mucho tiempo debilitado con esta atroz sangría. La caballería imperial, sobre todo los catafractarios y los arqueros, se llevó el honor de la jornada. Los auxiliares francos y sajones de Magnencio hubieron de contener algún tiempo á los vencedores con una resistencia desesperada (28 set. 351). Según un autor eclesiástico, Constancio había permanecido orando en una iglesia, mientras treinta mil hombres morían por él; según otros, una cruz aparecida en el cielo había anunciado á los pueblos de Oriente su victoria.

Mientras Magnencio, refugiado en Aquilea, fortificaba los pasos de las montañas, Constancio daba un edicto en que prometía seguridad á aquellos de sus partidarios que no fueran reconocidos culpables de ninguno de los cinco

de sus rentas su pena de la vida. Pero esta aserción se encuentra en el panegírico de Constancio, lo que permite suponer exageración, á lo menos en la cifra de la indicción.

crímenes que la ley castigaba de muerte. La aparición de una flota imperial en las costas de Italia acabó de determinar numerosas defecciones. Roma, que había sido inundada de sangre, después de la intentona de Nepociano, derribó las imágenes del usurpador; África y España levantaron las de Constancio en cuanto aparecieron sus navíos en las aguas de sus mares, y el oro enviado á los bárbaros del Rin impidió que Magnencio pudiera reclutar soldados entre ellos.

La sorpresa de una de las fortalezas que guardaban los desfiladeros de los Alpes Julianos, abrió á los imperiales las puertas de Italia, al mismo tiempo que sus navíos penetraban en el Po y obligaban á Magnencio á abandonar la plaza de Aquilea. A pesar de una ligera ventaja obtenida cerca de Pavía, fué rechazado á los Alpes Cotianos, donde todavía procuró hacerse fuerte; pero aquel ejército que retrocedía de derrota en derrota, desde el fondo de la Panonia, reducido en número y en valor, no pudo resistir el último choque.

Magnencio huyó hasta Lyon, y supo allí que la gran ciudad de Tréveris se había sublevado contra su hermano Decencio: era una consigna dada á todas las ciudades gálicas. Viéndose, pues, en inminente peligro de ser entregado al vencedor, el asendereado emperador se dió la muerte arrojándose sobre su espada.

Estas operaciones habían llenado todo el año de 352 y la primera mitad del 353.

Dícese que Magnencio, antes de atentar contra su vida, había degollado á su madre, especie de profetisa germana, y á su hermano Desiderio. El otro hermano, vencido por el alamano Chnodomar, que más adelante encontraremos enfrente de Juliano, se suicidó también (agosto de 353). Esta familia bárbara que tan audazmente se había engrandecido, usurpando la púrpura imperial, vino á desaparecer así completamente.

La amnistía, en los vagos términos que de intento empleara Constancio, no salvó á nadie: hubo suplicios hasta en la Bretaña, adonde el vencedor envió á Paulo, *Cadena* de mote, uno de sus más sagaces espías, y siete años más tarde encontrará Juliano en Galia partidarios de Magnencio, que vivían allí proscritos.

Amiano Marcelino, el único historiador veraz de aquel tiempo, porque sólo él veía las cosas sin pasión, trazó en el primer libro que nos queda de su historia el cuadro de aquellas implacables venganzas. «Bastaba, dice, una palabra, un rumor incierto, para hacer de un inocente un culpable (1);» y mientras la sangre corría á mares, celebraba Constancio en Arles con fastuosas fiestas su trigésimo año de imperio (2).

II.—CONSTANCIO, ÚNICO EMPERADOR. GALO Y JULIANO.—SILVANO.

El imperio estaba pues otra vez reunido bajo una misma mano; pero ¡qué príncipe aquel monarca suspicaz, rodeado de eunucos á quienes obedecía, y de cortesanos que explotaban su miedo, excitando sus sospechas para aprovecharse de la condenación de sus víctimas! «No hay ejemplo, dice Amiano Marcelino, de que haya borrado un nombre de la lista de los condenados á muerte, la cual lista, según el

(1) Los 18 libros que nos quedan de su historia comprenden los años de 353 á 379 y serán nuestra guía principal.

(2) Nombrado César el 6 de los idus de noviembre de 323, fué investido este mismo día, no del imperio, que no obtuvo hasta 337, sino de los poderes comprendidos en la palabra *imperium* y que poseían los Césares.

uso, se sometía a su aprobación.» En su reinado, se omitieron las más rudimentarias formalidades de justicia. Algunos eran condenados a muerte en virtud de instrucción secreta: una confesión arrancada por la tortura llevaba al suplicio, y los que no confesaban, por contumaces, iban al suplicio también.»

No se conduce seguramente a los hombres sino llevándolos por los sentimientos de su naturaleza, y Constancio no tuvo jamás la generosa franqueza que asegura la fidelidad ó la energía de carácter que la impone. Era muy dado a los bajos medios de gobierno, como el espionaje, la delación, las tramas artificiosamente urdidas, aun al rededor de los que sólo hubieran querido servir bien, pero que ofendidos por los lazos en que se les envolvía, procuraban resueltamente romperlos. Así, pues, se verá abrumado bajo el peso de una grandeza que debió a las circunstancias y no pudo llevar sobre sí.

En Panonia estaba esperando el ataque de Magnencio, cuando las noticias que llegaban de Oriente le decidieron a constituir en esta parte del imperio un mando superior que diera unidad a la defensa de las provincias. Este lugarteniente podía llegar a ser temible, pero era necesario. Constancio creyó que el menos peligroso sería el hijo de una de sus víctimas, su sobrino Galo. Los dos últimos vástagos de la familia Flavia habían sido relegados al principio el uno a Efeso y el otro a Nicomedia. En el año 344 los reunió para vigilarlos mejor, en un castillo de Capadocia, *Macellum*, al pie del monte Argeo, donde vivieron como secuestrados del mundo, con el recuerdo vivo siempre de las crueles inmolaciones de 337 y el temor de ver llegar el verdugo de un momento a otro, para ellos también.

Procurábase adormecer la índole ardiente de Galo y la precoz austeridad de Juliano con frecuentes ejercicios religiosos: peregrinaciones y rezos a los sepulcros de los mártires, cánticos sagrados en las iglesias, lecturas ante el pueblo de textos de la Escritura, haciendo de lectores los príncipes mismos (1).

Constancio, que ordenaba estas medidas, parece ya un merovingio preparándose a hacer tonsurar a sus deudos, de quienes no quiere desembarazarse por medio del puñal. La usurpación de Magnencio y la esterilidad de la emperatriz Eusebia fueron causa de que cambiara su condición; y Galo, que contaba entonces veinticinco ó veintiseis años, fué nombrado César é investido del gobierno de las provincias orientales (15 marzo 351).

La precaución de hacerle jurar sobre los Evangelios que nada intentaría contra el emperador, no hubo de parecer a Constancio garantía muy segura: en su virtud dió a Galo por consejero y vigilante al hábil hombre de guerra, Luciliano, y por esposa a su hermana Constantina, esperando que la *Augusta*, cuyo orgullo sería en fin satisfecho, garantizaría la fidelidad de su esposo, y se reservó el nombramiento de los oficiales del ejército asiático, del prefecto del pretorio y del conde de Oriente, los cuales recibieron instrucciones particulares.

El César no podía ordenar ninguna ejecución capital

(1) Un obispo, Eusebio de Nicomedia, había sido el director de la primera educación de Juliano, que San Cirilo asegura haber sido bautizado, lo que es poco probable, siendo entonces el uso, aun entre cristianos que no eran príncipes, como San Ambrosio, San Agustín, Eusebio de Cesarea, Sinesio, etc., recibir el bautismo muy tarde. Gregorio de Nacianzo (*Invect.*, I, 30) refiere que quisieron edificar una iglesia los dos hermanos, debiendo costear cada uno su mitad; que la parte de Galo se acabó felizmente, pero que la de Juliano se hundió á causa de un terremoto. La tierra no fué tan culpable; Juliano hubo de ser negligente de intento (*Sozómenes*, V, 2).

sin previa autorización del conde, que un día hizo ver a los pueblos cuál era el poder del que llamaban ellos su príncipe, abriendo de propia autoridad las puertas de una prisión en que de orden de Galo, se había encerrado a los magistrados de una ciudad (2).

En el mismo palacio, el cuestor, que con el carácter de secretario del gobierno asistía a todos los consejos y ponía en vías de ejecución todas las decisiones, era agente del emperador más bien que del César. Este, pues, no tenía en realidad más que un título sin poder. Retenido en las provincias occidentales, Constancio había querido que el primer puesto en Oriente pareciera ocupado para que nadie tuviera la tentación de tomarle. En la organización política de Diocleciano, el César era un lugarteniente del Augusto, y Constancio volvía a este régimen, pero exagerado. Sus combinaciones demasiado hábiles, fueron contra su objeto, é irritaron a un joven fogoso, a quien acaso hubiera retenido en el deber mayor confianza por parte del príncipe, y que después de todo, no merecía esta suerte.

Dichoso por haber cambiado su prisión por un trono, que al principio no sintió vacilar bajo sus pies, se dió resueltamente a los placeres hasta el extremo de escandalizar a los frívolos habitantes de Antioquía. Mas para esto necesitaba dinero y se lo procuró con exacciones é iniquidades. Constantina misma, ávida de suyo, le secundaba en este punto sirviéndose de una policía adiestrada por ella en esto de sorprender palabras imprudentes y secretas conversaciones domésticas. Constantina lo vendía todo, la justicia, las gracias, los empleos, para procurarse lo que los príncipes de aquel tiempo consideraban como la más segura garantía, un tesoro. Hasta el presente estamos condenados a no ver en esta familia real, salvo Constancio Cloro, un solo personaje a quien poder estimar.

En 354, una carestía produjo en Antioquía una conmoción popular: la multitud fué al palacio a pedir pan. «Dirigidos al gobernador de la provincia, contestó Galo; los víveres faltan sólo porque él quiere.» Era la confesión de su impotencia, pero también una cobardía. Así designado a la cólera popular, el desgraciado consular de Siria fué desuartizado.

Hé aquí, pues, la capital de Oriente en el desorden; los bandoleros de la Isauria devastaban muchas provincias, los árabes entraban al pillaje los países limítrofes al desierto, los persas renovaban sus correrías en la Mesopotamia, y el César no resolvía nada (3).

Constancio, que no le había dejado ninguna libertad, se irritó, sin embargo, viendo su inacción y se decidió a romper aquel instrumento que había venido a ser inútil, tanto por las desconfianzas del príncipe como por el carácter de su lugarteniente. Al propósito, encargó al prefecto de Orien-

(2) A. Marcelino, XIV, 1. Véase lo que refiere del proceder de Talasio, que tenía empeño en incomodar a Galo. En el origen, el nombre de César, *cognomen* hereditario de la gente Julia, pertenecía a todos los agnados de esta casa: así nuestro período IX ha podido llamarse el de los Césares. Vero, hijo adoptivo de Adriano, tomó este nombre, que designó desde entonces al heredero presunto del imperio, pero no confería ningún poder. Los *Césares* de Diocleciano, herederos necesarios de los *Augustos*, estaban investidos de amplios poderes: tenía cada uno su capital, su ejército, su tesoro; administraban, juzgaban y combatían. En tiempo de Constantino, los Césares eran niños designados para el imperio; en el de Constancio lugartenientes muy vigilados y contenidos. Después de Juliano desaparecen el título y esta situación.

(3) En 352, la eterna querrela entre los judíos y samaritanos había encendido otra vez la Palestina. Los tenientes de Galo hubieron de reprimir este movimiento con toda la crueldad propia de los romanos cuando se trataba de sofocar una insurrección judía.

te, Domiciano, que invitara al César a pasar a Italia a recibir órdenes verbales; y como Galo vacilara, le dijo rudamente el prefecto: «¿No ves que es una orden? Si no obedeces, suprimiré las provisiones de palacio.»

El cuestor le habló en el mismo sentido; pero Galo mandó a sus guardias que los asesinaran a los dos, y luego supuso una conspiración contra su vida, que le permitió de gollar, previa una mera formalidad de juicio, a los que le eran sospechosos (1). No era una rebelión, pues no se dió ninguna orden para tomar las armas; pero era un sangriento ultraje hecho al emperador (2).

Constancio fingió creer la conspiración dirigida contra Galo y no tuvo sino más interés en atraer a su alcance al César, para quien, según se decía, se había fabricado secretamente en Tiro un manto real. El emperador le dirigió buenas palabras; insistió en la necesidad para los dos de entenderse en una cordial entrevista sobre los grandes intereses del imperio, y le reiteró la invitación de venir a su lado con su esposa, «querida hermana a quien deseaba tanto ver.»

Al mismo tiempo, cambiaba los oficiales que parecían afectos a Galo, y le retiraba tropas a pretexto de que los soldados ociosos perdían la disciplina; de modo que el desdichado príncipe estaba envuelto en la trama de aquel hábil cazador de hombres.

Constantina «sabía muy bien de lo que era capaz su hermano,» y no se hacía ilusiones sobre el cariño que el Augusto le profesaba; pero su intervención era el único medio que quedaba para conjurar el peligro: así pues partió... y murió en el camino.

Galo no tenía más recurso que obedecer. En Andrinópolis recibió la orden de despedir su tren real; en Petavium (Petavio) se le despojó de las insignias cesarianas, y en Pola de Istria, después de un proceso irrisorio, se le cortó la cabeza. Tenía apenas veintinueve años (fines de 354).

Constancio proscribió hasta su cadáver, que por lo mismo no pudo llevarse al sepulcro de los Flavios. Muchos consejeros y amigos suyos perecieron con él: el mejor general del ejército de Oriente, Ursicino, fué condenado a muerte en un consejo secreto; pero antes de su ejecución se tuvo necesidad de sus servicios, y se le indultó. Triste condición de los servidores de aquel suspicaz gobierno, expuestos ya a acusaciones sin pruebas y a sentencias misteriosas.

Algunos meses después ocurrió una nueva tragedia. El franco Silvano, en recompensa de sus servicios en la campaña de Panonia, fué encargado de mantener a raya a los bárbaros, cortando sus correrías en la Galia. Juliano le echa en cara no haberlo conseguido por las armas, sino comprando su retirada con el oro indebidamente sacado a las ciudades. Pero Juliano, que acababa de recibir el título de César, escribía entonces un elogio del asesino de todos los suyos, elogio en que repetía con harta ligereza las calumnias de los eunucos y de los cortesanos contra el fiel general a quien iba a sustituir.

En las cortes despóticas, la servidumbre mantiene su influencia haciendo alarde de un celo que se muestra por sospechas hábilmente sugeridas en el ánimo del príncipe, por calumnias que circulan, toman cuerpo y llegan a oídos

(1) Sobre las crueldades de Galo, véase Am. Marcelino XIV, 7, y particularmente en el § 8 la tortura y suplicio del inocente Eusebio.

(2) Amiano Marcelino (XXI, 13) hace decir a Constancio que Galo desconoció la justicia y que actos detestables atrajeron sobre su cabeza la venganza de las leyes.

del amo, siempre dispuesto a ver un reo en todo acusado político.

Contra Silvano hasta se falsificaron cartas, y en su virtud fueron arrestados sus amigos. Un oficial del imperio enviado a Galia con la misión de conducir a Italia al general, obró con tanta imprudencia, que creyéndose perdido Silvano, buscó su salvación en la rebeldía, en la usurpación de la púrpura imperial.

En efecto, hízose proclamar emperador por sus soldados en Colonia, precisamente en los momentos en que Malárico, jefe de los francos de la guardia (3), probaba en Milán su inocencia.

Ursicino fué enviado a Silvano con cartas muy lisonjeras de Constancio, que le reconocía todos sus títulos y ho-



Copa de vidrio encontrada en Colonia (Museo de Berlin).

nores; pero con la orden secreta de ocupar su puesto a la cabeza del ejército de las Galias y hacerle partir para Milán, donde la corte residía.

Buena maña hubo de darse Ursicino para cumplir misión tan delicada y peligrosa a gusto y contentamiento de su amo; ello es que excitando un movimiento entre las tropas de Silvano, ellas mismas degollaron al que veintil ocho días antes habían proclamado emperador (agosto del año 355). La soldadesca es así.

Todos los sospechosos de haber favorecido sus ambiciosos proyectos fueron decapitados, y entre ellos los dos condes Lutto y Maudio, cuyo origen indican sus mismos nombres.

III. — JULIANO EN GALIA (355-361)

He aquí una de las más curiosas figuras de la historia; un hombre a quien se estima y aun se ama, pero cuya política hay que condenar, sin embargo.

Reconcentrado en sí mismo, durante diez y ocho años de cautiverio moral, Juliano había perseguido, como Marco Aurelio su héroe, un ideal de perfección (4); emperador, tendrá un sentimiento tan elevado de sus deberes, que escribirá: «Un rey debería tener la naturaleza de un dios (5).» Pero su espíritu, muy claro para las cuestiones de administración, con frecuencia iba a perderse a la región de los sueños, y la soledad a que lo había relegado la política durante mucho tiempo, había desarrollado en él esta disposición natural.

Era dado a escuchar en sus meditaciones nocturnas la

(3) *Gentilium rector*. Am. Marcelino, XV, 5.

(4) «...quasi pabula quadam animo ad sublimiora scandendi conquirit» (Am. Marcelino, XXI, 5)... *recta perfectaque rationis imagine congruens* Marco (ibid., I). En su *Discurso*, § 17 *ad finem*, dice Juliano: «¡Oh Júpiter! ó sea cualquiera el nombre que te agrade, méstrame el camino que conduce allá arriba hacia tí.»

(5) Carta a Temistio. También le escribía: «¡Oh amigos míos! no hubiera querido nunca más que la dicha de conversar con vosotros, como los viajeros cargados cantan a lo largo del camino para aligerar su carga.»